

Antonio Santamaría (coord.)

África en marcha

TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN TIEMPOS DE INNOVACIÓN



CON LA EDICIÓN DE TÍTULOS COMO ESTE, CASA ÁFRICA, EN COLABORACIÓN CON LOS LIBROS DE LA CATARATA, SE MARCA COMO OBJETIVO CONTRIBUIR A UN MEJOR CONOCIMIENTO DE LA ACTUALIDAD DE LOS PAÍSES AFRICANOS ASÍ COMO DE SU HISTORIA RECIENTE Y LOS EFECTOS EN LAS SOCIEDADES CIVILES A TRAVÉS DE LOS ENSAYOS Y TEXTOS DE AUTORES AFRICANOS Y AFRICANISTAS. POR TANTO, ESTA COLECCIÓN ABORDA TEMÁTICAS RELACIONADAS CON EL DESARROLLO Y EL POTENCIAL DEL CONTINENTE DESDE UN PUNTO DE VISTA ALEJADO DE LOS ESTEREOTIPOS CON LOS QUE TRADICIONALMENTE SE HAN ABORDADO LAS REALIDADES AFRICANAS.



CASA ÁFRICA

DISEÑO DE CUBIERTA: MARTA RODRÍGUEZ PANIZO

© ANTONIO SANTAMARÍA, ALBERT ROCA, SOLEDAD VIEITEZ CERDEÑO, AMALIA MORALES VILLENA, EDUARD GARGALLO, GERMÁN SANTANA PÉREZ, RAFAEL CRESPO UBERO, MBUYI KABUNDA, ORIOL PUIG, JOSÉ MARÍA MELLA, AINHOA MARÍN EGOSCOZÁBAL, CARLOS OYA, 2019

© CASA ÁFRICA, 2019

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2019
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

ÁFRICA EN MARCHA.
TRADICIÓN Y MODERNIDAD EN TIEMPOS DE INNOVACIÓN

ISBN: 978-84-9097-838-2
DEPÓSITO LEGAL: M-29.975-2019
IBIC: 1HF

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

ÍNDICE

PRÓLOGO, por José Segura Clavell 5

INTRODUCCIÓN. ÁFRICA EN MARCHA, por Antonio Santamaría 7

CAPÍTULO 1. LA PERSISTENTE FRONTERA AFRICANA:
LA INNOVACIÓN QUE VIENE DEL SUR 13
Albert Roca

CAPÍTULO 2. DESARROLLO EN CLAVE DE GÉNERO CON IDAS
Y VUELTAS. RETOS Y LOGROS 29
Soledad Vieitez Cerdeño y Amalia Morales Villena

CAPÍTULO 3. CONSERVACIÓN DE LA FAUNA, RECURSOS NATURALES
Y TIERRA EN ÁFRICA. DEL COLONIALISMO
A LA CONSERVACIÓN COMUNITARIA 48
Eduard Gargallo

CAPÍTULO 4. LA TRATA Y LA ESCLAVITUD ATLÁNTICA 61
Germán Santana Pérez

CAPÍTULO 5. MIGRACIONES NEGROAFRICANAS.
FENÓMENO ESTRUCTURAL DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA 75
Rafael Crespo Ubero

**CAPÍTULO 6. RELACIONES INTERNACIONALES AFRICANAS:
DE LA CUESTIÓN NACIONAL A LA COOPERACIÓN SUR-SUR 92**
Mbuyi Kabunda

CAPÍTULO 7. EL SAHEL: MOVILIDADES Y FRONTERAS 126
Oriol Puig

**CAPÍTULO 8. UN ANÁLISIS DE LAS ECONOMÍAS AFRICANAS:
TENDENCIAS CONTEMPORÁNEAS 138**
José María Mella

**CAPÍTULO 9. EL ÁREA DE LIBRE COMERCIO CONTINENTAL
AFRICANA (AFCFTA/ZLECAF): AMBICIONES DEL MERCADO
ÚNICO PANAFRICANO 153**
Ainhoa Marín Egoscozábal

**CAPÍTULO 10. EL SUEÑO DE LA INDUSTRIALIZACIÓN EN ÁFRICA:
BALANCE HISTÓRICO Y NUEVAS DINÁMICAS 173**
Carlos Oya

SOBRE LOS AUTORES 189

PRÓLOGO

La labor del profesorado y la academia africanista en España es callada, precisa y constante. No muchos lo saben, pero podemos enorgullecernos de tener entre nosotros algunos especialistas que comprenden, estudian y difunden las realidades africanas con tanto rigor como pasión y que son auténticos referentes en el africanismo internacional.

Se trata de una labor que no es conocida ni se valora como se merece, puesto que —desgraciadamente— África sigue en los márgenes de nuestro sistema educativo e investigador. No es un tema que provoque el fervor público y —desgraciadamente, de nuevo— su repercusión en medios y entre los ciudadanos suele ligarse a calamidades, estereotipos y visiones negativas, simplistas y falsas de sus múltiples realidades.

Desde Casa África tratamos de acercar al público español la diversidad y la riqueza cultural de los países africanos mas, para conseguirlo, es necesaria una ruptura con los prejuicios aprendidos. Por este motivo, dar voz a los propios africanos es esencial, igual que lo es la aportación del africanismo español al conocimiento del continente. Estas son dos piedras angulares de nuestra labor, ambas indispensables.

Está a punto de leer una serie de textos comprometidos y minuciosos, centrados en migraciones, género, historia, seguridad, cambio climático, economía, desarrollo, cooperación y otras

temáticas. Están firmados por algunas de las personas que más saben de África en nuestro país y más allá e imprescindibles colaboradores de esta institución en la construcción de su discurso teórico. Con el ánimo de conformar una nueva visión más holística y ajustada a las complejidades a las que se enfrentan los africanos, ensalzarán estructuras sociales, dinámicas, culturas, sociedades civiles y formas alternativas e igualmente válidas de estar en el mundo. Echarán abajo algunos mitos con datos, razonamientos y nuevas ideas. Abrirán su mirada, puesto que le enseñarán cosas que cambiarán su forma de apreciar un continente y a quienes lo habitan. Nos sitúan en el presente haciendo un recorrido histórico y nos aportan muchísimas referencias bibliográficas, fundamentales para construir una concepción mucho más fiel de la actualidad africana.

Al final, le probarán algo en lo que me reafirmo cada día al frente de Casa África: cuanto más leo, más consciente soy de lo mucho que tengo que aprender sobre este continente, y más me apasiono por él.

Le invito a disfrutar de esta lectura, y a agradecer a los autores su labor callada, precisa y constante, lejos de los focos pero ineludible para comprender el mundo que nos rodea.

JOSÉ SEGURA CLAVELL
Director de Casa África

Desde hace veinte años, la editorial Los Libros de la Catarata viene publicando cada cierto tiempo un libro de introducción general sobre la realidad africana; el más reciente se editó en el año 2013. Desde entonces han sucedido acontecimientos relevantes que están afectando a las sociedades de forma significativa. Por ejemplo: a nivel político, se puede señalar que la mayor parte de los países están caminando lentamente hacia una mejoría de las condiciones sociales y políticas, con aumento de las libertades, mayor respeto a los derechos humanos y un mayor compromiso de los gobiernos con la representación salida de los sistemas electorales.

También, aunque solo sea en número, han disminuido los conflictos armados, tendencia que armoniza con el crecimiento económico sostenido que se está registrando en las últimas décadas. Aunque, por supuesto, estos acontecimientos han evolucionado de forma muy diferente en los 51 países del África subsahariana. Asimismo, las repercusiones de estos cambios no han sido iguales para todos los sectores de la población, ya que para algunos el crecimiento no ha supuesto salir de la pobreza crónica.

El presente libro pretende exponer de forma accesible los procesos de larga duración que ya han sido presentados anteriormente, pero revisados. Junto con los más recientes iniciados en el corto plazo. La publicación se ha delineado para la difusión del

conocimiento a nivel introductorio, de forma que en cada capítulo los autores desarrollarán una serie de ideas básicas esenciales para comprender la realidad africana, dentro de una visión dinámica.

La amplitud de posibilidades temáticas es realmente enorme y, como es normal en una publicación, el contenido está limitado por el espacio. Desde esta premisa se han elegido las materias que se imparten con mayor frecuencia en los diferentes cursos y másteres dedicados a África subsahariana. Este criterio ha supuesto renunciar a ciertos temas relevantes, pero para los que no existen todavía especialistas suficientemente acreditados en nuestro país.

Hay que señalar que la selección de autores se basa en estrictos criterios de currículum de investigador y experiencia docente, aunque no están todos los que hubiera sido necesario incluir, porque como ya se ha mencionado, las limitaciones de páginas o la disponibilidad de algunos de los autores ha inducido una selección inevitable.

En estas condiciones, el libro es un manual de referencia básico para que los estudiantes puedan revisar en él las ideas más importantes expuestas por los autores, o las cuestiones más relevantes que son objeto de investigaciones avanzadas de algunos de ellos. No pretende ser una enciclopedia, tan solo una publicación para que el lector se pueda acercar a la compleja realidad del África al sur del Sáhara.

El continente africano sigue siendo una frontera donde una larga historia de tradiciones persiste con fuerza y la etnia tiene un valor crucial, revelando un importante grado de autonomía frente a los desafíos de la mundialización. Como expone Albert Roca, el afrocentrismo se encuentra en una encrucijada en la que los procesos de sustitución del sistema tradicional por el Estado moderno ponen de manifiesto la existencia de una pugna entre la tradición y la modernidad en tiempos de innovación.

Nos acercamos al fin de la década de las mujeres propuesta por la Unión Africana. En este periodo, los movimientos africanos de mujeres han desarrollado estrategias para afrontar la pobreza, los conflictos, las distintas formas que adopta la violencia o la marginación política del poder, entre otras. Soledad Vieitez y Amalia

Morales, ambas con décadas de trabajo investigador, docencia y trabajo directo con los movimientos africanos de mujeres, presentan en su capítulo el tema del género y el desarrollo, poniendo de manifiesto la importancia de las transformaciones socioeconómicas que se han producido en este ámbito.

Otra novedad en los contenidos del libro es la problemática creada por el control de la tierra y la conservación del medio natural. Las investigaciones y trabajos especializados de Eduard Gargallo han posibilitado realizar un acercamiento a un tema que resulta vital para la mayor parte de la población africana que aún vive en el mundo rural, en contacto diario con la naturaleza y que depende de ella en gran medida para su subsistencia.

En su capítulo se aborda la evolución de las formas de gestión de los recursos naturales, que resulta interesante no solo por su valor económico y social, porque además pone de manifiesto un ámbito en el que se demuestra cómo se pone en marcha la sociedad africana.

El conocimiento del periodo del comercio intensivo de seres humanos que asoló el continente durante más de cuatro siglos es un tema crucial para comprender los antecedentes históricos de la violencia actual. Germán Santana, al aportar sus conocimientos a esta publicación, ha posibilitado tratar la temática de forma innovadora.

Las investigaciones de Rafael Crespo y las décadas de trabajo directo con los inmigrantes posibilitan una aportación sólida sobre el fenómeno estructural de la migración a nuestra sociedad, así como los vínculos creados, muy especialmente con la migración ecuatoguineana. En España, como territorio de encuentro, se ha creado una dimensión afroespañola que es necesario conocer y recoger en una publicación como la presente.

En el ámbito político, la primera cuestión que nos viene a la mente es el tema del Estado en África. Este es un terreno resbaladizo que conviene analizar con un conocimiento profundo personal y académico, como es el caso de Mbuyi Kabunda, que además presenta su visión sobre la organización política y económica continental, las relaciones interafricanas y extrafricanas, dedicando especial atención a los socios emergentes.

En este libro no se ha podido tratar el islam del África negra en su conjunto, pero las investigaciones de Oriol Puig han posibilitado incluir un capítulo, cuyo contenido aborda de forma concreta los problemas de la frontera que supone el Sáhara, que, como espacio en movimiento, se considera actualmente una frontera europea.

Al sur del Sáhara, el Sahel es un área vulnerable tanto política como socialmente, donde los problemas ambientales están entre los cimientos de las corrientes migratorias. El capítulo sobre seguridad y desarrollo es una novedad en este tipo de libro, que refleja el avance del conocimiento en el que se están formando nuevos especialistas dentro de nuestro ámbito académico.

Los problemas ambientales y sus repercusiones sobre las condiciones de vida de la población de la franja del Sáhara-Sahel han llevado a acuñar el término de "refugiados ambientales", refiriéndose a los numerosos habitantes de la zona que han tenido que buscar en la emigración la solución a sus problemas. La genealogía de la migración negroafricana en Europa y el ejemplo de España se han incluido en el índice del libro por su especial relevancia.

Al tratar la economía, José María Mella expone de forma sucinta cómo han sido las políticas públicas, la evolución del sistema financiero, los derroteros de la iniciativa privada, así como otros temas que sirven de introducción a la realidad económica del continente. Así, pone de manifiesto su amplio conocimiento basado en la investigación y la difusión docente directa de su labor en universidades africanas.

La economía africana lleva ya casi dos décadas de crecimiento continuado. Esto es una novedad que contradice las opiniones pesimistas de muchos especialistas, claro está que crecimiento no es desarrollo sostenible, como explica José María Mella. También se pone de manifiesto en este capítulo que el crecimiento no ha sido igual para todos los países ni para todos los sectores de población. Se habla con prudencia del surgimiento de una clase media, pero también se constata el crecimiento de la pobreza en algunos países.

El largo camino hacia la integración regional y la creación de un mercado común continental está recogido en la aportación de

Ainhoa Marín. En este año, 52 países ya han firmado el protocolo de adhesión al Tratado de Libre Comercio Africano, que supone la creación de un mercado único para más de 1.200 millones de africanos. Pero las negociaciones no han sido fáciles. Algunos países como Nigeria se siguen resistiendo y existen incertidumbres sobre el futuro. Este y otros temas del intrincado proceso son expuestos magistralmente por Marín, en base a su experiencia de décadas como investigadora y docente.

Para finalizar, Carlos Oya amplía la visión económica desde una perspectiva heterodoxa y dinámica, que se extiende a la crítica no solo de los acontecimientos en el continente, sino a la correspondencia con los avatares de la economía internacional. Sus investigaciones y docencia en universidades chinas le permiten enfoques innovadores y sugerentes que invitan a la reflexión.

Con estos capítulos que se han presentado, se persigue realizar una breve síntesis de algunos de los temas más relevantes y actuales sobre la realidad del África subsahariana, que pueden proporcionar de forma divulgativa una visión global de carácter introductorio.

ANTONIO SANTAMARÍA

*Investigador del Instituto Universitario
de Desarrollo y Cooperación (IUDC)
de la Universidad Complutense de Madrid*

LA PERSISTENTE FRONTERA AFRICANA: LA INNOVACIÓN QUE VIENE DEL SUR

ALBERT ROCA

En 1987, se publicó *The African Frontier. The Reproduction of Traditional Society*, obra colectiva editada por Igor Kopytoff, que firmó una introducción memorable. Aunque pocas personas lo conozcan fuera de los estudios africanos, en la comunidad africana, el libro ha tenido un impacto continuado (Schmitz, 2008).

En esencia, lo que Kopytoff y los demás autores proponían era aplicar a África la visión de Frederick Turner (1893) sobre la frontera americana como crisol de creación social. La palabra inglesa *frontier* tiene la misma raíz etimológica que “frontera” en español o *frontière* en francés (a través del cual, pasa al inglés), pero un uso más preciso que en estas dos lenguas: mientras *border* denota la linde fronteriza (el *limes*), *frontier* designa la región que limita con otra, denotando a veces también tierras más allá de la linde. Se trata de áreas de contacto y de intercambio cultural y económico, sometidas a menudo a regímenes de poder particulares y no pocas veces en litigio. Esta acepción extendida de frontera adquiere connotaciones algo distintas cuando el territorio al que se refiere se adentra en un espacio que no está sometido a ninguna demarcación, al menos a ninguna reconocida por quienes categorizan la región como frontera. Estas fronteras suelen constituirse como frentes de expansión —o contención— de una sociedad de referencia. En tanto que frente, es concebida y evoluciona como una realidad móvil, física, social o jurídicamente. A

esta última comprensión de la noción de frontera como espacio de creación social es a la que se referían Turner, Kopytoff y el presente texto.

FRONTERAS

Aunque los teóricos consideran que las fronteras “turnerianas” son consustanciales con la humanidad, al menos desde el Neolítico, se han concentrado en las generadas por la globalización: la conquista rusa de Siberia, el Far West en Norteamérica, la *terra incognita* de tantas regiones tropicales y meridionales, el avance colonial del imperialismo, más tarde la frontera agraria amazónica, o la frontera petrolera en tantas regiones desérticas o semidesérticas... La paradoja estriba en que el proceso de integración planetaria que ha producido dichas fronteras y las ha resituado a escala internacional también está ocasionando su extinción, un efecto ya percibido por el propio Turner.

Con todo, algunas zonas, si bien integradas en el mapa mundial, continúan manteniendo características fronterizas. En ningún sitio con la dimensión del África subsahariana. En Estados Unidos, la frontera clásica apenas se mantuvo cien años desde que el presidente Thomas Jefferson inició una decidida política de expansión hacia el oeste, dando un nuevo sentido a un enorme territorio hasta entonces apenas transitado por las ocasionales exploraciones coloniales y por agentes de fortuna como los tramperos. La condición de frontera africana se remonta, como veremos, a la última desecación del Sáhara (en torno al 4000 a. C.) y sigue: el célebre pensador Achille Mbembe no dudó en apuntar que “el África es la última frontera del capitalismo”, parafraseando al aún más famoso Capitán Kirk, de la serie *Star Trek*.

El enfoque de Kopytoff no abordaba el África en relación al frente de expansión europeo, sino que las contribuciones reflexionaban sobre lo que el editor denominó “la frontera interna africana”. Es decir, la obra concedía a las poblaciones africanas el protagonismo en los cambios históricos producidos en o por esa

frontera. Esto suponía un cambio de perspectiva enorme respecto a la historiografía colonial, caracterizada por el “camitismo”¹. Yo definiría someramente camitismo como la orientación intelectual que tiende a atribuir a factores externos cualquier cambio significativo que se produzca en las sociedades del África subsahariana. Así pues, la aportación de Kopytoff tenía un fuerte halo progresista y se alineaba con la nueva historia de África que nace tras las independencias: de hecho, coincide en el tiempo con la publicación de la *Historia General de África* de la UNESCO, la primera historia escrita por africanos y africanas para ser leída por la humanidad.

No son casualidades, es el signo de los tiempos. Como señala James Mc Dougall (2012), en los ochenta y noventa, las décadas horribles africanas, el foco de los estudios sobre la frontera osciló de entenderlas como puntas de lanza del progreso —inevitablemente universal, inevitablemente occidental, inevitablemente blanco— a pensarlas como zonas de contacto cultural, de interpenetración entre (al menos) dos sociedades distintas. Como recuerdan Sarró y Melice (2012) al apuntar que la concepción ya había sido adelantada por Jack Goody (1977). Y se podría añadir que también estaba implícita en la visión de Robin Horton (1971) sobre la conversión en África o, todavía más decisivamente, y sin pretender agotar antecedentes y acompañantes, en la mirada de Cheikh Anta Diop (1954) y de otros autores denostados por afrocéntricos.

Para Kopytoff, la frontera africana funcionaba de manera similar a la americana, pero en un sentido histórico opuesto, podríamos decir. Turner (1893) consideraba que la experiencia de frontera hizo que en Estados Unidos se desarrollara la democracia y que se generase el núcleo del espíritu americano, caracterizado por el igualitarismo, el carácter emprendedor, la abertura a la innovación o el individualismo, aunque también por la violencia y un cierto rechazo popular a la ciencia o las bellas artes. En todo

1. El término deriva de Cam, hijo maldito de Noé que debió migrar al sur y que fue padre de los pueblos negros en la clasificación genealógica bíblica.

caso, habría catalizado una modernización radical y acelerada de los inmigrantes europeos. La frontera africana, por su parte, sería fundamentalmente conservadora, con una intensa capacidad de absorber y africanizar elementos foráneos. Al hacerlo, la periferia fronteriza facilitaría la réplica indefinida de los modelos sociopolíticos de los centros africanos: de ahí el famoso —y discutido— tradicionalismo político africano, con su apego a las jerarquías, en oposición al igualitarismo fomentado por la frontera americana, según Turner. Este conservadurismo proporcionaría una “coartada teórica” para las explicaciones dominantes sobre las excentricidades de la política y de la economía poscoloniales en África, justificando la idea central del neopatrimonialismo —concepto que cuajará en la misma época con autores como Bayart o Médard—, así como explicando la aparente resistencia africana a la innovación, social, tecnológica o de cualquier tipo (Kabou, 1991).

Ahora bien, al igual que la frontera africana de Kopytoff se inspiraba en Turner, pero difería de él, su propuesta también fue aplicada de forma crítica. En lengua española, tal vez el colectivo que más recurrió a la noción fue lo que, sin afán doctrinal alguno, podría haberse conocido como Escuela de Barcelona, laxamente constituida alrededor de la figura fundacional de Ferran Iniesta, y de la que yo formarí parte. Así lo testimonian títulos como *África en la frontera occidental* (2002), *La frontera ambigua* (2007) o el proyecto *Movimientos transfronterizos y nuevas ciudadanías* (2012-2016). La acepción que ha venido utilizando este colectivo se ha alejado sustancialmente de Kopytoff. Esta visión pretende explícitamente tender un puente con la afrocentricidad, que considera injustamente defenestrada por el *mainstream* académico. Aunque los enfoques internos son variados, creo que el posicionamiento que aquí presento es representativo de esta aplicación crítica.

La primera gran diferencia respecto a Kopytoff es que, en el contexto de la historia global, atribuimos una importancia crucial al hecho de que todo el subcontinente al sur del Sáhara conforma un continuo histórico que actúa en conjunto como frontera africana, por mucho que en su interior se pueda observar una reordenación continuada de fronteras internas y una durabilidad

notable de las fronteras externas, en el Índico, el Sáhara y, más tarde, el Atlántico. Kopytoff apenas considera esta apreciación de conjunto más que como un escenario máximo casi teórico. La segunda gran diferencia, fundamental, es que contemplamos la frontera africana como un espacio donde la diferencia ha creado y crea innovación sociopolítica, codificada y socializada fundamentalmente en términos culturales africanos, pero integrando, valorando y confirmando una utilidad reapropiada de los elementos externos. Este proceso podría ser, pues, tradicional e históricamente progresivo a un tiempo. Las implicaciones de estas diferencias son significativas al abordar los desafíos que plantean las sociedades africanas en el siglo XXI.

¿ÁFRICA SUBSAHARIANA O ÁFRICA NEGRA?

Contestando la tendencia posmoderna coetánea a hablar de “las Áfricas”, mientras muy raramente se aplica el plural a Europa, Kopytoff no duda en evocar una notable unidad cultural en el África subsahariana. Al hacerlo, acepta implícitamente el principal presupuesto del posicionamiento afrocéntrico, bien anterior, aceptado a su vez por la historiografía colonial: los “estados sudaneses” de Roland Oliver y John Fage (1962) significan lo mismo y designan las mismas realidades (o casi) que las “naciones negras” de Cheikh Anta Diop (1954), aunque algo despolitizadas, bajo el falso manto de rigor que teje el uso de lenguas poco habituales en la terminología científica. Kopytoff utiliza el helenismo ecúmene: se comprende la elección, quizás a la luz del moderno ecumenismo cristiano, pero históricamente el término ha acumulado connotaciones etnocéntricas, asociado por lo común, desde Constantino, al punto de vista de un poder político concreto. Prefiero, pues, la expresión “continuo histórico”.

Kopytoff adopta una concepción que podríamos llamar fractal de esta ecúmene subsahariana y de la frontera asociada, que replicaría una y otra vez, y con una fidelidad notable, el modelo del centro del cual constituiría una periferia. No explica cómo se

origina este sistema de replicación cultural, aunque apunte a una ecúmene menor, la saheliana-sahariana. En realidad, el origen es fundamental para entender la “naturaleza” de la frontera africana. Es una perogrullada decir que el África subsahariana aparece con el estado actual de aridez extrema del Sáhara: lo que hay que hacer es explicar las circunstancias y analizar los efectos. La desecación actual se alcanzaría durante el IV milenio a. C., es decir, desde hace unos 6.000 años. Los efectos al norte del Sáhara son espectaculares. Mientras el Magreb evoluciona mirando al Mediterráneo, el Antiguo Egipto, en un marco de rotunda circunscripción ecológica, entra en una fuerte aceleración cultural: del “retraso neolítico”, en apenas unos siglos desarrolla la escritura más antigua del mundo (las dataciones seguras anteceden más que igualan las de la grafía cuneiforme) y el primer Estado territorial conocido, ya altamente complejo en el momento de la unificación, hacia el 3200 a. C. Este terremoto cultural y político viene del sur. Todo hace pensar que las poblaciones negras eran mayoritarias, demográfica y culturalmente. Se podría decir que el Antiguo Egipto es la primera diáspora negroafricana, con la particularidad de la posición hegemónica de la población diaspórica. Su larga historia se puede entender como una lenta desafricanización, a medida que se enrarece el intercambio personal con el sur y se introducen más poblaciones procedentes del Mediterráneo oriental, sobre todo a partir de la extroversión imperial del Reino Nuevo (siglo XVI a. C.).

¿Qué ocurre al sur del Sáhara? Los historiadores hablan de “siglos oscuros” y el propio Kopytoff, sorprendentemente, apunta un poblamiento reciente de muchas regiones y una población escasa y dispersa (más que en otros continentes, se entiende). El mensaje subliminal sería que no pasa nada, o nada significativo historiográficamente, y he escrito “sorprendentemente” porque casi nadie discute hoy que la trayectoria humana al sur del Sáhara es con mucho la más antigua del planeta. A favor de esa mayor antigüedad —y en coherencia con la lógica matemática cladista—, el África subsahariana ha acumulado la mayor diversidad cultural de las regiones del mundo —lingüística, étnica, política...—, en armonía con un

espectro genético sin parangón. Las escasas excavaciones y otros registros indican que no parece haber motivos para distinguir un diferencial demográfico africano hasta el periodo de la trata, a partir del siglo XVI y, sobre todo, del XVII, cuando la frontera africana llevaba más de cuatro milenios funcionando.

Lo que estaba ocurriendo al sur del Sáhara desde el inicio de los tiempos históricos en el Mediterráneo oriental (la región donde la historiografía se ha complacido en situar el pistoletazo de salida de la historia), es que se estaba gestando la frontera africana. El primer determinante ecológico de esta frontera es, pues, el hecho de que el Sáhara haya actuado desde entonces como un océano más, condicionando decisivamente la conexión del subcontinente con el resto del planeta. No es de extrañar que las dos grandes zonas de contacto con el mundo exterior habitado antes de la progresiva arribada atlántica de los europeos (desde el siglo XV), el Sahel (entre el Sáhara y la sabana) y la costa suajili (en el litoral oriental), hayan conservado hasta ahora un nombre árabe derivado de un lexema que significa “orilla”, “ribera”: no en vano, son contiguas con la ecúmene islámica, en términos kopytoffianos, desde hace 13 siglos.

Los océanos raramente actúan como barreras, sino más bien como grandes membranas que gradúan, seleccionan y reordenan las interacciones con el exterior, privilegiando la posición africana. Durante milenios, el Sáhara —primero a pie (Serra, 2017) y luego en camello— y el Índico se han atravesado por las mismas rutas, arribando a los mismos puertos, caravaneros o marítimos, dominados por poderes africanos. El viaje complejo y complicado excluía logísticamente una conquista transahariana, ni por parte de los imperios antiguos ni de los musulmanes después.

El segundo determinante es la acentuada escasez de situaciones de circunscripción ecológica al sur del Sáhara, en un continente muy viejo, plano, con pocas zonas de montañas y con una pluviselva atravesada por numerosos ríos. Este rasgo facilita grandemente los desplazamientos y las dinámicas de fisión-fusión que caracterizan la célebre “sociedad segmentaria”, postulada por la antropología social británica (Southall, 1988).

La combinación milenaria de interfaces externas muy selectivas e interfaces internas muy porosas ha determinado un mayor y mucho más continuado intercambio subsahariano que transahariano o transoceánico, así como unas formas sociales muy elásticas. Adaptadas a esta movilidad sin barreras geográficas, estas formas permiten el enraizamiento al tiempo que la dispersión. Estas creaciones sociales africanas han continuado en vigor cuando, desde el siglo XIX, la tecnología y el crecimiento económico han anulado en buena medida las membranas externas.

Y lo han hecho porque resultan adaptativas en la hiperconectividad global. Ramon Sarró, compañero de viaje intelectual, señala junto con Anna Melice (2012) cómo la condición de frontera inspirada en Kopytoff se extiende a todo el cuerpo social, no a un espacio físico continuo, con lo cual, incluye la diáspora: directamente por lo que se refiere a la reciente, ligada por los mismos vínculos que actúan en las sociedades de origen; indirectamente, como polo de atracción ideológico, por lo que respecta a la diáspora antigua, creada por el tráfico negrero y que había visto cómo se cortaba su conexión con los antepasados. Esta doble apelación puede llegar a tener un rol político-económico más relevante de lo que en general se espera. Y nos recuerda que la etiqueta de África negra está vigente no solo como sinónimo de África subsahariana, sino como una acepción más inclusiva, al introducir la diáspora, y más humanista, al pivotar sobre las poblaciones y su identidad. La expresión ha sido cada vez más ignorada en los círculos occidentales, bajo la sospecha de evocar el concepto de raza, aunque solo apele a un elemento fenotípico que actúa como indicio fiable de la pertenencia a las poblaciones subsaharianas autóctonas. El hecho de que sea utilizada muy mayoritariamente por esas mismas poblaciones, reivindicando un nivel de autoctonía compartida, y un ideal panafricano, legitima su uso político y científico complementario con la etiqueta subsahariana. Esta complementariedad permite, tanto como los usos tradicionales, incluir a la muy minoritaria población “recién” llegada, cuando se trate de derechos cívicos o normas de convivencia.

PLURALISMO E INNOVACIÓN SOCIAL

Esta comprensión ecocultural de la frontera africana y su singularidad contradice el conservadurismo estructural que le atribuye Kopytoff: tradicional y conservador no es lo mismo. De la misma forma que el ritmo de innovación de las tecnologías productivas se ralentizó a partir de la creación de la frontera africana, la innovación socioeconómica ha generado una gama de soluciones históricas de una variedad probablemente inigualada y, sin embargo, sistemáticamente obviada. Innovaciones que han sido entendidas y transmitidas como tradiciones. En ausencia de circunscripciones generalizadas, se impuso como “flecha evolutiva” lo que podríamos llamar metafóricamente “termodinámica social”, con sus “leyes” sobre la tendencia de todo colectivo, ajeno a presiones externas, al estado de menor gasto energético y de mayor desorden.

La mayoría de sociedades pudo optar “naturalmente” por no aumentar o limitar la inversión energética (y de trabajo) en el propio sistema político, lo que dio como resultado patrones altamente participativos, en contra del estereotipo de la ciencia colonial sobre el poder africano, autocrático y arbitrario: piénsese en la importancia de las asambleas en la práctica totalidad de sociedades africanas. En un bucle que se retroalimenta hasta la actualidad, el éxito de la participación política facilitó la continuidad de la adaptación sociotermodinámica. Incluso en aquellos casos que, por razones diversas, no evolucionaron a favor de la termodinámica y primaron el crecimiento (Ruanda, tierras altas etíopes, Bajo Níger...), el aumento de la productividad, aunque no renunció a algunas innovaciones externas (como la importación de especies domésticas), apostó más por la modificación de la organización social que por el desarrollo de artefactos o de sistemas de transformación energética.

Las jerarquías, por otro lado, también se impusieron en las opciones termodinámicamente adaptadas, particularmente en las regiones más feraces: la palanca jerarquizadora no consistió en el acaparamiento de excedentes o la explotación del trabajo por las elites, que apenas se detectan en el registro histórico. Todo

indica que la jerarquización estuvo relacionada con el establecimiento de circuitos de reciprocidad generalizada, redistribución y comercio cada vez más amplios. Esas grandes redes eran más competitivas y arrinconaron a los sistemas casi ajerárquicos (cazadores recolectores, algunos pastores y horticultores) en nichos ecológicos con escasez de biomasa aprovechable para las personas. Ahora bien, en el largo proceso, estas jerarquías se construyeron dentro de los sistemas participativos previos, estableciendo derechos y deberes, mecanismos de fiscalización del poder y sujetos de derecho colectivos. Esta participación política generalizada ha permitido a las sociedades templar los ritmos de cambio en beneficio de las mayorías, integrándolo en las lógicas, relaciones y códigos locales. Es por ello que a veces no han sido percibidos como tales cambios.

En 6.000 años, las sociedades negroafricanas han construido muchas formaciones políticas coherentes con las taxonomías generales de los científicos sociales, pero también han levantado muchas otras bien idiosincráticas, que parecen “contaminar” a las primeras, amén de sumar más casos y afectar a más personas: estados étnicos cosmocéntricos que han durado 3.000 años, como Egipto, ciudades Estado sin murallas que han atraído el intercambio transahariano desde como mínimo el segundo milenio a. C., amplios y duraderos imperios multiétnicos y multirreligiosos con un muy bajo nivel de coerción interna y sin apenas punción tributaria (Ghana, Malí, Sonray...), enormes simbiosis de sociedades de cazadores, pastores y agricultores durante toda la era cristiana en el África oriental, ligas de islas Estado mercantiles en la costa suajili, asociadas a culturas comerciales en valles interiores como el del Limpopo, por doquier realezas divinas que debían rendir cuentas de la prosperidad del reino (a veces hasta tener que entregar la vida), infinidad de combinaciones de sistemas ferozmente descentralizados pero estrechamente conectados con sus vecinos, desde las bandas del Kalahari y del Ituri hasta las sociedades igbo que suman unos 30 millones de personas... La lista puede continuar y diversificarse casi indefinidamente. La obertura de la frontera atlántica y el ascenso de la trata de esclavos —durante la

cual no hubo en África ni colonización ni misiones religiosas ni exploraciones hasta el siglo XIX— no hizo más que estimular la creatividad sociopolítica —y económica— africana: estados segmentarios más o menos monoétnicos substituyendo a los antiguos imperios, dinastías reales de esclavos, ejércitos de mujeres y sistema de trabajo del campo colectivos asociados a la depredación esclavista, cristianizaciones precoloniales con una etiqueta victoriana en el trópico, clanes-regimientos donde los jóvenes se enculturaban separados de sus familias, repúblicas de pescadores...

AUTONOMÍA

Lo más significativo es que muchos de estos sistemas no son extravagancias puntuales, sino que, de un modo u otro, han generado continuidades hasta el momento actual nutriendo la célebre diversidad subsahariana: imaginarios, estructuras sociales, mecanismos de arbitrio y de ayuda mutua supraclánica... Sin pretender dar cuenta detallada de semejante exuberancia social, sí quería ofrecer algunas pistas de por qué continúa teniendo futuro en la era del individuo global, apoyándome de nuevo en Kopytoff, como un homenaje a su esfuerzo inspirador. De las once condiciones con las que define el "proceso fronterizo" en el África, cuatro resultan más específicas y en ellas nos vamos a fijar.

La primera y principal es la presunta necesidad de producir constantemente gentes de frontera (*frontiersmen*) desde los centros. En realidad, la condición de frontera afecta tanto a los supuestos centros como a sus igualmente supuestas periferias: los procesos de marginación, que pueden generar ostracismo, no tienen por qué dirigirse a "la frontera", sino que pueden ir hacia otros centros, conformar redes nuevas, formar parte de los ciclos vitales... La observación empírica refuta el carácter basal de la dialéctica centro-periferia: los conceptos de red y de continuo son mucho más operativos. Propongo un par de ejemplos célebres: Malí y la bantuización.

En el famoso imperio de Malí (1230-1468 d. C.), la capital política, Niani, podría haberse localizado en el sur, en el límite del bosque y, en todo caso, su ubicación es aún hoy objeto de polémica. Por el contrario, la “periférica” Tombuctú no solo era mucho más rica e internacionalmente conocida en razón de su posición como puerto caravanero y ciudad de libros y sabios, sino que su memoria y su identidad han perdurado hasta la actualidad.

La mitificada “expansión bantú” (II milenio a. C. a I milenio d. C.) ilustra tal vez mejor que ningún otro hecho este *sfumato* de la distinción de centro y periferia. Malentendida como la conquista, cultural o militar, de cerca de la mitad del subcontinente por un pueblo o grupo de pueblos, portador de la agricultura y del hierro. Ahora sabemos que es un fenómeno multidireccional, donde las variantes del protobantú cuajaban como lenguas francas en un espacio enormemente ampliado de intercambio, mientras que las aportaciones culturales, y las poblaciones, circulaban en todas direcciones: la cuna lingüística bantú se sitúa entre Camerún y Nigeria; las fechas más antiguas para la tecnología del hierro (que se postulan como las más antiguas del mundo, hacia el 1800 a. C.) se dan en tierras de la RCA; los cultivos varían en toda el área bantúfona y tienen orígenes muy distintos a lo largo de la supuesta ruta, previos con frecuencia al comienzo de la bantuización, siendo la agricultura más antigua la del Sahel; el tesoro de Mapungubwe (c. s. XII d. C.), en un yacimiento sudafricano emblemático del hierro supuestamente bantú, parece acompañar en su tránsito ancestral a personajes cuyo ADN y su morfología revelan como khoisánidos, la población teóricamente primitiva y desplazada por la supuesta oleada civilizadora bantú...

El caso bantú reafirma la rareza al sur del Sáhara de lo que Kopytoff llama *tidal frontier*, frontera en marea o frente de expansión de una sociedad. Hasta la colonización, ni siquiera el islam llega de esta manera, sino que, a diferencia de lo que ocurre en el norte de África o en Asia, comerciantes-misioneros lo introdujeron muy progresivamente ya desde el siglo VII, avanzando de manera decisiva entre el conjunto de la población del Sahel y la costa oriental a partir de finales del siglo XVIII y durante la

colonización. Mucho antes lo habían adoptado las elites de estas regiones de interfaz, en tanto que carta de presentación al exterior, pero sin exigir la conversión a los súbditos inevitablemente *kafir*, paganos, algo excepcional en el mundo islámico: el sultán peregrina a la Meca, pero continúa siendo un rey divino. Y la extrañeza se perpetúa hasta el presente: la polémica sobre el “islam negro” y su resiliencia ante el reformismo islamista ha sido repetidamente cerrada en falso, condenando el presunto “neo-colonialismo académico” de un Vincent Monteil que acuñó la denominación; en realidad, el debate se extiende sin solución de continuidad al cristianismo, al judaísmo residual de poblaciones como los falasha, o a las nuevas creencias de la globalización. Tal vez las *jihad* que sacuden el África occidental desde finales del siglo XVIII (no antes, y como un fenómeno interno) tuvieran una disposición inicial como frentes, asociados a un poco estudiado ajuste demográfico de las poblaciones de pastores fula frente al retroceso del tráfico transahariano; sin embargo, la complejidad del reclutamiento revolucionario y del establecimiento de las nuevas formaciones políticas, comprensibles en clave local, desmienten otra vez el modelo de oleada.

Esta fluidez en un medio sin circunscripciones explica la apuesta por los parientes que señala Kopytoff (*adherents as kinsmen*), más segura que la adhesión a las demarcaciones inevitablemente frágiles de un espacio abierto: tenemos, pues, una estrategia adaptativa que sigue un sentido inverso al presunto paso universal de la solidaridad de sangre a la adscripción territorial, postulado al menos desde *sir* Henry Maine. Una estrategia que sobrevive hasta el día de hoy. Sería más exacto hablar de la opción abrumadoramente mayoritaria de las sociedades africanas por los grupos de filiación objetiva (en general unilineal). Esta filiación ha permitido históricamente multiplicar los vínculos irrenunciables compartidos por todo un colectivo y, al mismo tiempo, modularlos según las circunstancias, de acuerdo con la lógica segmentaria; semejantes grupos suelen constituir verdaderas unidades políticas estables, e incluso económicas. El mismo principio ha facilitado el arraigo de los grupos de parientes en el

territorio considerado ancestral (marcado por tumbas o recintos iniciáticos), a la vez que se aseguraba la continuidad de la filiación en situaciones de extraterritorialidad, de migración, de diáspora. Aún hoy, las migraciones globales de los africanos y las africanas recurren a estos lazos a la vez que los refuerzan, incluso cuando conllevan travesías desesperadas del desierto o singladuras suicidas en patera.

Una dinámica tal afecta enormemente a la concepción patrimonial, compartida en gran medida en toda el África subsahariana, también hasta la actualidad. Kopytoff intenta simplificar la cuestión al proponer una tensión social dualista —dialéctica— entre primeros ocupantes y recién llegados, entre súbditos y dirigentes, con lecturas opuestas sobre la legitimidad de su acceso a los recursos o de su poder sobre las poblaciones. Este esquema difumina la diversidad y la imbricación de las alianzas entre las supuestas facciones.

El cemento que une dichas facciones sin anular su respectiva maniobrabilidad política es la fuerte componente holista de las cosmovisiones africanas, y que se puede entender en tanto que religiosidad. Por holismo entendemos el acercamiento a la realidad como un todo al que pertenece el observador, rompiendo, pues, las dicotomías de sujeto/objeto, cultural/natural, natural/sobrenatural, vivos/muertos, animado/no animado. Esta anulación puede parecer irracional en una primera mirada, pero no solo está dotada de coherencia lógica interna, sino que presenta ventajas que podríamos clasificar de utilitaristas y que se han mostrado eficientes incluso en los periodos colonial y poscolonial. Como punta del iceberg de la cultura política africana, presento un encadenamiento conductual holista, simplificado, pero estimo que sugerente.

En virtud del componente holista de las cosmovisiones africanas, el primer ocupante no es el propietario de la tierra a la que accede, sino una especie de usufructuario que ha establecido un pacto con ella. Este acuerdo se actualiza a través de rituales como las ceremonias de las primicias, que deben ser oficiadas o presididas por los descendientes de quienes concertaron el pacto, el

cual invocan a través de toda la cadena de antepasados y/o antepasadas. En consecuencia, la titularidad de esa “tenencia usufructuaria” no es individual, sino que se refiere a todo el segmento de filiación implicado (linaje, clan): el patriarca o la matriarca no son los “amos” (título que, si acaso, se reserva al grupo), sino “quienes bendicen” (*mpitoka* en malgache, por ejemplo), y deben garantizar el acceso suficiente de todos los miembros del grupo al patrimonio común. Cada familia o fracción del linaje a la que se acuerde un lote podrá explotarlo a través de generaciones mientras cumpla sus obligaciones rituales con el grupo; lo mismo ocurrirá con extraños que se hayan aliado con el grupo (en general por matrimonio, pero no obligadamente). La consecuencia es que la tierra es inalienable. Sin mercado y sin especulación de tierras, la supervivencia es mucho más segura, la población es más autónoma. Si el Estado o gente forastera fuerzan adquisiciones o expropiaciones, el grupo reivindicará y recuperará el uso de la tierra en cuanto disminuya el nivel de coerción... Espero que con este fragmento de secuencia de situaciones baste para comprender que la persistencia de ciertas tradiciones “exóticas” es una cuestión de conveniencia y de defensa de los derechos colectivos, no de atavismo: dichas tradiciones siguen vivas porque garantizan o promueven el acceso a los recursos —y la seguridad vital— a la mayoría de la población.

CONCLUSIONES

En cierta forma, todos los africanos y africanas son *frontiersmen* porque están adaptados a serlo, al vivir —en el pasado y en el presente— en una situación cotidiana de pluralismo, cultural, jurídico, económico, político, una de las características fundamentales de la frontera turneriana. De hecho, el pilar de la capacidad socialmente performativa de la frontera de Turner es la ausencia de ley, de autoridad legal uniformadora, el *vacuum* institucional que señala Kopytoff, y que es perfectamente perceptible en los estados africanos actuales, adjetivados como fallidos, fantasmas, implosionados,

ausentes... La diferencia es que este vacío no deja paso a unos pioneros puritanos, individualistas e igualitarios, que remedan el retorno al paraíso: lo que permite aflorar es una red de redes tejidas durante milenios y que conforman las tradiciones africanas, en interacción bien directa con las fuerzas de la globalización. El resultado, tan creativo como imprevisible, desvela una persistente autonomía de las poblaciones africanas ante los desafíos del devenir histórico, y en contra de la imagen de dependencia que tenemos del continente. Y esta autonomía de la frontera africana ha sido y es una autonomía colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- DIOP, Cheikh Anta (1954): *Nations nègres et culture*, Présence Africaine, París.
- GOODY, Jack (1977): "Population and Polity in the Voltaic Region", en Jonathan Friedman y Michael Rowlands (eds.), *The Evolution of Social Systems*, Druk, Londres pp. 536-545.
- HORTON, Robin (1971): "African Conversion", *Africa*, vol. XLI, abril, nº 2, pp. 85-108.
- KABOU, Axelle (1991): *Et si l'Afrique refusait le développement?*, L'Harmattan, París.
- OLIVER, Roland y FACE, John (1962): *A Short History of Africa*, Penguin, Londres.
- MCDUGALL, James, (2012): "Frontiers, Borderlands and Saharan World History", en James Mc Dougall y Judith Scheele (eds.), *Saharan Frontiers. Space and mobility in Northwest Africa*, Bloomington, Indiana.
- SARRÓ, Ramon y MÉLICE, Anne (2012): "Kongo-Lisbonne : la dialectique du centre et de la périphérie dans l'Église kimbanguiste", *Canadian Journal of African Studies/Revue canadienne des études africaines*, 46, 3, pp. 411-427.
- SCHMITZ, Jean (2008): "L'Internal African Frontier d'Igor Kopytoff (1987) et ses héritiers", *Frontafrique*, 11 de abril (disponible en : <http://www.frontafrique.org/spip.php?article31> [consultado el 30 de julio de 2019]).
- SERRA, Xavier (2017): *Els camins de l'or a l'Àfrica antiga*, Tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- TURNER, Frederick (1893): *The significance of the frontier in the American History* (incluido en la colección publicada en 1920 *The Frontier in American History*, disponible en: <http://www.gutenberg.org/ebooks/22994> [consultado en agosto de 2010]).